

La espiritualidad es una dimensión de la persona que se vincula con los valores trascendentes, haciendo que nos cuestionemos sobre el sentido y la finalidad de la vida en general y de la propia, en particular. Esta dimensión, por supuesto, es intrínsecamente humana, pero tiene múltiples formas de expresión, no sólo entre distintos medios culturales, sino entre distintas personas en un mismo medio. No cabe duda de que el ser humano experimenta constantemente la necesidad de buscar un sentido a todo lo que le sucede y a todo lo que hace; necesita que su identidad le sea reconocida y respetada. Y, sin embargo, el hombre contemporáneo produce la impresión de experimentar una verdadera crisis de sentido: *Los puntos de vista -sobre la vida y sobre el mundo—escribió SS Juan Pablo II hace algo más de diez años, en su Carta Encíclica Fides et ratio- se han multiplicado. Precisamente esto hace difícil y a menudo vana la búsqueda de un sentido. Y, lo que es aún más dramático, en medio de esta barahúnda en que se vive (...) muchos se preguntan si todavía tiene sentido plantearse la cuestión del sentido*¹.

Íntimamente ligado a esta cuestión, está el tan traído, llevado y manipulado concepto de calidad de vida. En efecto, en última instancia, una persona considera que vive una existencia con calidad cuando encuentra que su vida tiene un sentido pleno, más allá de la dimensión puramente biológica, que puede incluso estar más o menos seriamente deteriorada por la vejez o la enfermedad. Sin embargo, como quiera que en la vida física se apoyan prácticamente todos los demás valores de la persona, las experiencias de este tipo repercuten seriamente sobre toda la estructura del ser humano y suelen llevar a una crisis ontológica del sujeto, que difícilmente pueda enfrentar por sí solo. Es aquí donde aquellos que conviven con el (los) anciano(s), con una persona con discapacidad o un enfermo terminal, pueden -y de hecho deben- entrar a representar un papel de primer orden, que les permitirá a ellos mismos crecer como seres humanos, entablando una adecuada relación de ayuda que respete la autonomía de esa persona necesitada, de forma que esta pueda no sólo ser ella misma, sino lo que está llamada a ser. Y eso sólo puede lograrse con un adecuado manejo de la comunicación interhumana, que le permita sentirse como ser-en-la comunidad y evite que experimente el desarraigo².

El tema del acompañamiento espiritual de las personas en situación de fragilidad resulta polémico en nuestros tiempos, a causa de la celeridad de la vida contemporánea y del pragmatismo imperante, entre otros factores. Vivimos en sociedades que, con honrosas excepciones, privilegian el tener sobre el ser; la eficacia, la eficiencia económica, el éxito, la belleza (física) y el placer, todo lo cual parece estar reñido con el deterioro producido en el ser humano por la vejez y / o la enfermedad. Y, sin embargo, vivimos también en un mundo cada vez más envejecido: para no ir más allá de nuestros límites geográficos, nuestro país es, dentro de América Latina, el que tiene un mayor porcentaje de personas en la llamada tercera

edad, seguido de cerca por Costa Rica y Uruguay³. Y esta proporción debe incrementarse en los años venideros, como consecuencia del aumento de la esperanza de vida y el alarmante decrecimiento de la tasa de natalidad. Por lo tanto, la cuestión del envejecimiento constituye un problema -y no sólo bioético- de primer orden, al cual es preciso conceder una atención preferencial. Porque se trata de envejecer en un planeta en el cual las ciencias biomédicas han experimentado en el último medio siglo enormes avances, con disminución más o menos marcada de las tasas de mortalidad infantil (en algunas regiones, especialmente en el África subsahariana, no ha sido así), virtual erradicación de muchas enfermedades infecciosas y parasitarias, aumento de la esperanza de vida al nacer y disminución de la fecundidad; pero en el cual existen importantes diferencias -entre países y entre sectores de la población dentro de un mismo país- en lo referente a nivel socioeconómico y donde la espiritualidad parece deteriorarse a diario. Se encuentran, con alarmante frecuencia, personas ancianas con difíciles condiciones de vivienda o viviendo solas, abandonadas por la familia, víctimas de maltrato y con bajo poder adquisitivo, en cualquier lugar del mundo, a pesar de la existencia en muchos países de programas sociales de atención integral al adulto mayor. Ello apunta hacia el deterioro de la institución familiar como un importante factor a tener en cuenta en cualquier análisis de este fenómeno.

Lo anteriormente expuesto, constituye justificación suficiente para el hecho de que el presente número de nuestra revista *Bioética* aborde, con carácter monográfico, el tema de la ancianidad -sin pretender, ni mucho menos, agotarlo en el reducido espacio de que disponemos para ello-. Obviamente, vejez no es, ni mucho menos, sinónimo de dependencia y nos distanciamos de los estereotipos creados en este sentido; pero no puede negarse la existencia real de situaciones de máxima vulnerabilidad, como es el caso de la persona con enfermedad de Alzheimer, que demandan cuidados particulares. Precisamente, tanto el Suplemento como uno de los artículos que se ofrecen aquí a nuestros lectores, abordan este último tema.

La conclusión general a que arriban los autores de todos los materiales presentados en este número, se puede formular muy resumidamente diciendo que, si no asumimos un compromiso serio de fortalecer las estructuras familiares y mejorar la calidad de vida -holísticamente comprendida- de los adultos mayores, será difícil que podamos hablar de una vejez digna... y de un futuro promisorio.

¹ SS Juan Pablo II.

Carta Encíclica Fides et ratio, N° 81,1998

² La necesidad de arraigo implica sentirse vinculado a una familia, grupo, o comunidad. En un contexto extraño e incluso anónimo (como el hospital o el hogar de ancianos), la persona suele experimentar desarraigo.

³ La proporción de personas mayores de 60 años en la población de Cuba, se aproxima actualmente al 17%.